

***Discurso del Sr. Presidente de la
Corporación Chile 21, y
Ministro de Obras Públicas,
señor Ricardo Lagos E.***

*Estimado amigo y ex Presidente don
Patricio Aylwin;
Colegas Ministros;
Señores Parlamentarios;
Señores representantes del Cuerpo
Diplomático;
Amigas y amigos;
Compañeros todos:*

Este es un día para recordar, para agradecer y para mirar al futuro. Es un día en el que queramos recordar y agradecer a tantos que fueron capaces de vencer el miedo y ponerse de pie; que fueron capaces, con un lápiz de grafito, de

cambiar el cronograma que se había fijado el gobierno dictatorial.

Ganamos quienes votamos que NO y también ganamos todos los que votamos, porque nos habíamos reencontrado con el ritual democrático por excelencia. La puerta entreabierta por el triunfo del NO, la hemos mantenido abierta y no permitiremos que se vuelva a cerrar.

El triunfo del NO significó el fin del temor y el paso a la esperanza; por eso hoy día estamos aquí. Para recordar a aquellos que en Collipulli, en un garage con piso de tierra se atrevieron a reunirse, para comenzar a caminar; a los jóvenes de Catemu, a las compañeras de Conchalí. Porque fue una tarea de a poco, de uno a uno, de dos en dos y Chile se fue reencontrando con su historia y con su gesta.

Y por eso triunfamos. Porque fuimos capaces de configurar una coalición política que tuvo una claridad de futuro. Vivíamos una dictadura, pero no nos unió el odio contra la dictadura, nos unió la esperanza de lo que queríamos construir para el futuro y ese fue el sentido profundo del triunfo del NO.

Cuando se escriba la historia del siglo veinte y del siglo veintiuno, el NO va a ser la primera etapa de la apertura de la posibilidad que

Chile está construyendo para ingresar con éxito al próximo siglo.

El NO primero, y los gobiernos de Aylwin y Frei después, nos están permitiendo configurar un Chile democrático, que puede apostar al futuro; y también cómo este pequeño país se insertará en dos desafíos del próximo siglo.

La gesta del NO, en último término, es que fuimos capaces de ganar porque aunamos voluntades. Nos concertamos los que pensamos distinto y logramos organizarnos para trabajar de manera eficiente, asegurando que el proceso de votación tuviera resultados limpios. Unidad y trabajo dedicado: ese fue el secreto del triunfo.

Más importante todavía, aunamos la voluntad de un país al que logramos poner de pie porque había un objetivo claro. Y a partir del triunfo fuimos capaces de dar un segundo paso; el paso que significó configurar el gobierno de Patricio Aylwin, primero, y de Eduardo Frei, después.

Estos han sido gobiernos de éxito, porque, han sido gobiernos nacionales, para todos los chilenos; gobiernos que han entendido que su tarea es preocuparse del conjunto del alma nacional, con iniciativas, con ideas para mejorar problemas. Es cierto, tenemos cifras y guarismos

que mostrar a los que se preocupan tanto de cifras y equilibrios: nuestra inflación hoy es un tercio de la que teníamos al finalizar la dictadura, nuestros salarios reales hoy son un 21 % más altos. Es cierto que hay casi un millón trescientos mil chilenos que han salido de la pobreza, es cierto que hemos avanzado, porque entendemos que la economía debe estar al servicio del conjunto de los chilenos y no de unos pocos.

Sin embargo, tal vez lo más importante de los gobiernos de Aylwin y de Frei, es que hemos sido capaces -no obstante los partidos políticos diversos- de generar gobiernos y gabinetes consolidados y homogéneos; parlamentarios que -no obstante sus dificultades- llegado el momento se ordenan.

En estos seis años hemos aprendido a gobernar desde la diversidad y es indispensable que con el liderazgo de Aylwin primero y de Frei después, podamos continuar avanzando, porque hay un hecho claro en el Chile de hoy: ¡no hay otra opción de gobierno para Chile que no sea la Concertación de Partidos por la Democracia y nuestra responsabilidad es preservar esa coalición!

Lo alcanzado nos impulsa entonces a seguir adelante, a potenciar la participación de

todos en el crecimiento material, espiritual y cultural de Chile. Las urgencias de hoy no son de repliegue sino de avance, de cómo apurar el tranco que nos lleve al desarrollo.

Y en eso estamos. Pero no sería honesto con Chile si en este acto no reconociéramos los problemas de este último tiempo.

La condena de la Corte Suprema por el asesinato de Orlando Letelier ha desatado las pasiones de grupos minoritarios, los que han tratado de envolver a las instituciones y a los chilenos todos en su pequeño juego de defensa corporativa.

Frente a eso, el gobierno ha reaccionado con claridad planteando una alternativa justa y ecuánime, que permite una solución satisfactoria desde el punto de vista del interés nacional. Lo he dicho y lo reitero, el Presidente Frei ha planteado con valentía y coraje que los últimos acontecimientos revelaban debilidades institucionales, tutelas indebidas que había que solucionar.

El de él, al dirigirse al país, fue un acto de sabiduría; había que hablar con la verdad sobre estos hechos. Respecto de estos acontecimientos que nos afectan a todos, ninguno de nosotros es más maduro y sabio que nuestra comunidad toda. Por lo demás, los demócratas de ayer y de hoy

han pensado que no hay otro depositario final del poder en la sociedad que la gente misma.

Es la comunidad nacional quien define el papel de los militares, ya que ésta es la única fuente de la legitimidad de todas las instituciones públicas sin excepción: la comunidad nacional.

Si cada institución pública autodefiniera su papel y prerrogativas la vida social sería un caos. Cuando el monopolio de las armas no es respondido con una subordinación al gobierno que la sociedad elige, también la democracia está cuestionada. Y nos pusimos de pié y luchamos por el NO, para restablecer la potestad del poder civil: único representante de la voluntad de Chile.

Si este tema no lo resolvemos bien pueden verse afectadas las bases de sustentación de todo lo que hemos avanzado: ese lento proceso de transitar a la democracia, los avances en el campo económico y social, la inserción ejemplar de Chile.

Hoy caminamos con tranco firme por el escenario mundial, con orgullo de lo que hemos hecho; pero si esto no lo resolvemos bien, no nos engañemos, estaremos desandando lo que hemos andado. Empezaremos a ser mirados con cierta sorna, con una sonrisita; aquí vienen los

ministros, aquí vienen los embajadores de esa república que no ha sido capaz de establecer una democracia como es debida.

Y a la larga estas carencias también afectan al modelo económico; estas carencias también afectan a aquellos que creen que pueden desentenderse de este problema esencial.

Por eso aquí digo: en este momento importante y crucial tenemos que estar todos detrás del planteamiento y la propuesta del Presidente Frei, porque la Concertación aquí se reencuentra con los elementos que le dieron origen y que están en la ética y en la conciencia moral que nos convocó a todos el 5 de octubre.

Según seamos capaces de enfrentar ahora esta encrucijada, vamos a estar configurando el tipo de convivencia democrática del futuro. Por eso es tan importante este momento y por eso hoy, 5 de octubre, quise decirles a ustedes: ahora es cuando tenemos que ser capaces de poner los puntos sobre las íes. Y si no somos capaces de aprobar las normas que ha planteado el Presidente ¡pues quedarán pendientes! Porque es la única forma de saber que esa transición todavía está inconclusa y que nos obliga a trabajar más para hacer realidad estos planteamientos en el futuro.

Estoy seguro que vamos a poder superar

esta coyuntura a partir del ordenamiento de las propuestas del Presidente Frei. En consecuencia habremos dado un paso más para consolidar el proceso democrático; y entonces creo que como Concertación tenemos una tarea mayor.

Porque la Concertación fue fundamentalmente el esfuerzo que a partir del NO nos permitió avanzar desde un sistema dictatorial a la configuración de elementos democráticos que nos permiten avanzar a todos. El tránsito del autoritarismo a la democracia fue la primera de las transiciones que ha tenido que abordar la Concertación. La segunda, la transición difícil que hemos hecho todos nosotros, de distintos partidos: aprender a convivir, a congeniar; en los gabinetes, en el Parlamento y en las directivas políticas y en el mundo civil. Esa posibilidad de convivencia fue la segunda transición, la transición que comenzamos a hacer todavía en dictadura que fue la capacidad de entendernos.

Pero creo que hoy tenemos ante nosotros una tercera transición, más difícil y compleja que las anteriores, porque esa transición tiene que ver con cómo somos capaces de enfrentar las insuficiencias y desafíos, este peligro de la autocomplacencia en el alma nacional; cómo enfrentamos la necesidad de diseñar un país que

nos permita avanzar con fuerza a los albores del siglo veintiuno; cómo somos capaces de pensar una acción de Chile sobre sí mismo, un proyecto de país.

Tal vez el peligro mayor no sea el de una crisis en Chile, sino el de una cierta decadencia y mediocridad, producto de nuestra propia autocomplacencia. Lo hacemos tan bien, se dice tanto acerca de lo bien que lo hacemos, que no puedo menos que recordar el Chile del siglo pasado cuando también Chile tuvo una oportunidad y sesenta años después un economista e historiador que acaba de obtener el Premio Nacional de Ciencias Sociales -Aníbal Pinto- tuvo que explicar por qué Chile fue un caso de desarrollo frustrado.

Ojalá seamos capaces de aprovechar esta oportunidad y no haya un historiador del siglo veintiuno que nos pregunte por qué nos frustramos en nuestro desarrollo.

Y esa es la tercera tarea, más importante y fundamental que tiene hoy la Concertación. Necesitamos avanzar hacia una auténtica modernidad que sea, en consecuencia, una democracia que signifique equidad, identidad, derechos humanos y solidaridad.

Y por ello tres son los grandes desafíos que

tenemos hoy como Concertación. Primero, cómo fortalecemos una democracia de ciudadanos, donde las distintas opciones políticas de la sociedad tengan acceso libre a los medios y puedan todas ellas plantearse libremente buscando el apoyo ciudadano. Cómo profundizamos esa democracia es la primera de las tareas.

La idea democrática es muy simple, todos la entendemos y sólo se enredan aquellos que no quieren democracia. No buscamos dismantelar nada, sólo aspiramos a que en un juego democrático cada uno valga por lo que es y no estemos permanentemente subsidiando una minoría electoral, conservando instancias legislativas extraparlamentarias o tutelajes sobre la voluntad nacional cuando se expresa democráticamente.

Queremos una democracia como debe ser y no una democracia como la hemos heredado y que tiene muchos enclaves que no deben ser. Y no nos engañemos, si somos el 60 % de Chile ¡queremos el 60 % del Parlamento! y no queremos un Senado donde no tenemos mayoría por minorías enquistadas que no representan la voluntad nacional.

¡Que no se nos tergiverse!: “se quiere dismantelar” “¿quien manda en el gobierno?”... “el señor Lagos y otros ministros dijeron que

querían dismantelar, no querían dar seguridades de cancelar la institucionalidad”... No señor, queremos algo muy simple: queremos aquello por lo cual nos pusimos de pié el 5 de octubre, queremos aquello por lo cual dijimos no a un sistema autoritario; queremos una democracia como se entiende en todo el mundo que es una democracia, nada mas, pero nada menos. Y en torno a eso la Concertación entonces tiene una tarea pendiente: fortalecer esa democracia de ciudadanos, es la primera de ellas. Y en consecuencia pedimos, que nosotros que fuimos mayoría el 88, el 89, el 92 en las municipales, el 93 en las presidenciales y que volveremos a ser mayoría el 96, el 97 y el 99; queremos que la mayoría se respete y tener una democracia que nos permita construir de acuerdo al Programa que hemos planteado a Chile.

Esa mayoría, ese cambio y profundización democrática para una segunda tarea: la necesidad de avanzar hacia una economía más homogénea y más justa. No podemos seguir ignorando una distribución del ingreso tan desigual. Hemos avanzado, hay menos pobres, pero la brecha entre ricos y pobres es cada vez más grande. Y hoy sabemos que en las sociedades que no son homogéneas, que tienen una tremenda desigual-

dad económica, a la larga se generan tensiones que debilitan la capacidad de los países para competir, para modernizarse y para poder participar adecuadamente en el escenario mundial. Son sociedades homogéneas las que pueden participar con fuerza en el mundo del futuro. Aquí el tema de la distribución del ingreso no es sólo un planteamiento ético en favor de los que tienen menos, es también un planteamiento de eficacia y de eficiencia del funcionamiento propio del sistema económico.

Y tenemos también un tercer objetivo: una sociedad que sea capaz de aceptar la diversidad de los valores culturales que hay entre nosotros. Todos entendemos la existencia de un patrimonio común de valores que todos los chilenos aceptamos, basado en el respeto de los derechos humanos de cada uno de nosotros; para eso hemos luchado. Pero no es posible aceptar, sin levantar nuestra protesta, el conservadurismo cultural de algunos, que a partir de su verdad quieren generalizarla a todo. No recuperamos la democracia para vivir en una sociedad donde algunos que se creen poseedores de la verdad quieren señalar sus valores al resto de los chilenos.

Chile tiene derecho a debatir con libertad, sin imposiciones, sin amenazas al que no piensa como uno, respecto de cómo consolidamos y fortalecemos la familia, cómo resolvemos mejor el tema de los niños cuando los matrimonios se separan, sobre temas como la cultura y la censura. En democracia los mayores de edad son ciudadanos libres que tienen derecho de decidir libremente lo que quieren ver y oír.

Muchas veces he pensado en estos años lo que fuimos capaces como país de construir en el pasado. Hace ciento diez años esta sociedad chilena, profundamente dividida en temas de liberales y conservadores fue capaz de abordar temas de tremenda conflictividad; dictamos una ley de matrimonio civil, dictamos una ley de Registro Civil, establecimos los cementerios laicos.

Quisiera pensar sinceramente que nuestro Parlamento de hoy también podría aprobar leyes como las aprobó ciento diez años atrás. Y mucho me temo que en este Parlamento de hoy, estas leyes de Domingo santa maría, hoy serían rechazadas por una visión conservadora de algunos en el actual Congreso de Chile.

Por todo lo anterior, es que como Concertación seguimos llamando a todos los

chilenos y chilenas, sin más calificación que el respeto a los derechos humanos y el respeto a la democracia, a que nos ayuden en esta tarea. Cada uno con sus ideas y sus valores, decidiendo trabajar junto a los demás ciudadanos por engrandecer al país, a partir de su acción privada y su participación pública.

Ningún grupo o institución, por respetable que sea, tiene derecho a detener la marcha del país.

Por ello, nuestra posición hoy día es la misma que planteamos a Chile en 1988. Queremos dejar atrás el temor y fundamentar la esperanza, que los derechos humanos sean la piedra de tope para todos y que podamos juntos avanzar con mayor velocidad en la transformación de las ataduras que todavía impiden el progreso verdaderamente nacional. Que ese progreso llegue a todos y a todas, que ese progreso toque a todas las puertas de las moradas y las casas de Chile.

Fuimos capaces como Concertación de levantar a Chile y ponerlo de pié, definir un camino de victoria con un itinerario claro, con un conjunto de ideas matrices que interpretaron el alma nacional. Ese fue el éxito de la transición. No hubo chileno ni chilena que no se sintiera interpelado por el llamado que hicimos hace

siete años. No hubo hogar de Chile que no tomó posición, decisión y acción ante la convocatoria de hace siete años.

Por eso, lo de hoy no es ni puede ser una celebración nostálgica del pasado, de lo que ayer fuimos capaces de construir. No señor. Lo de hoy tiene que ser una ratificación de la lucha y la esperanza que comenzamos a dibujar ayer. Lo de hoy tiene que ser una afirmación de orgullo por lo que hizo Patricio Aylwin y por lo que hace hoy Eduardo Frei.

Pero lo de ayer y lo de hoy tiene que dar paso también, con fuerza y decisión, a un compromiso que debe empezar a surgir del alma nacional, de los partidos de la Concertación, de sus directivas.

Porque lo que hicimos antaño no fue un entendimiento de cúpulas políticas. Fue un largo proceso, fue el Grupo de los 24, fueron las entidades, los cieplanes, los vectores, los flacos; fue un tejido social, fue la Asamblea de la Civi- lidad, fue el esfuerzo por configurar centrales sindicales; fue la forma de ir estableciendo distintas modalidades para tener elecciones libres. Fue un largo camino que nos fue permitiendo en el accionar cotidiano construir un programa común, que tuvo el signo y el sello de la victoria.

Y hoy lo digo aquí, asumiendo mi propia autocrítica; tal vez el deseo de trabajar intensamente desde las tareas que tenemos en el gobierno, tal vez el deseo de cumplir adecuadamente con las tareas de dirección partidaria nos están haciendo olvidar el desafío profundo que pesa sobre nosotros: esa Concertación que nos obliga a una transformación de Chile en una sociedad justa en el próximo siglo o antes.

Y yo hoy quisiera decir a siete años del triunfo el NO; cómo somos capaces de configurar una Concertación que le plantee a Chile el desafío que queremos tener en el bicentenario, en el 2010, cómo somos capaces de tener una Concertación que le dibuje a Chile el país que queremos en el 2020 o en el 2030.

Cómo somos capaces de tener una Concertación que a partir del éxito del NO, del éxito de los gobiernos de Aylwin y Frei pueda soñar un futuro para veinte o treinta años más y tener la tercera transición, la que nos permita llegar a un Chile desarrollado y que nos ponga de pie en el concierto mundial; que nos permita ser consecuentes con lo que ofrecimos a Chile.

A ratos me pregunto si estamos siendo leales a tanta esperanza que despertamos. A ratos pienso si estamos siendo consecuentes en nues-

tras tareas. A ratos pienso que si vemos que hay muchos que nos miran con un cierto escepticismo. Nuestra obligación hoy -a siete a los del triunfo- es con ideas y valores, con un camino claro, invitarlos de nuevo a caminar, a ponernos de pié, a que las políticas públicas en democracia también las hagamos entre todos.

No solamente la gesta épica de derrotar una dictadura convoca el alma nacional. La gesta épica de construir un Chile para todos también nos tiene que obligar a convocar el alma nacional. Y eso tiene que ser el sentido profundo de este 5 de octubre.

Desde aquí convoquemos a chilenos y chilenas a mirar el Chile de los doscientos años de vida independiente; que sea un Chile distinto, más justo y solidario. ¡Esa es la tarea de la Concertación y esa es la forma de celebrar el 5 de octubre!

Muchas gracias.